



**Christian Bobin**

*Resucitar*

Ediciones Encuentro, Madrid,  
2017

### Como una caja de música

Me sumerjo en la literatura de Christian Bobin (Le Creusot, Francia, 1951) con la lectura de la obra que aquí les presento: *Resucitar*. Tenemos en *Resucitar* un texto de difícil clasificación: no es una novela, ni una secuencia de relatos al uso, tampoco es poesía *stricto sensu*. Se trata más bien de una mezcla de diario, prosa aforística y poesía. Tampoco es Bobin un escritor al uso. Reside alejado del mundanal ruido, en una casa en mitad del bosque, a muy pocos kilómetros del lugar que lo vio nacer. Bobin parece haber necesitado de ese destierro voluntario para escribir, sin distracción banal alguna, de las pequeñas, sencillas e importantes cosas de la vida; en la urbe, mientras tanto —considera

Bobin—, la generalidad de las personas se ha vuelto una masa borreguil incapaz de detenerse por un momento a contemplar la belleza de la naturaleza, la sonrisa de un niño o, si me apuran, a mostrar gratitud ante la consideración de la vida como regalo.

La naturaleza, Dios, la infancia, la mujer o la literatura, son algunos de los temas que aborda Bobin en *Resucitar*. Sin embargo, el asunto central que sustenta toda la obra es la muerte de su padre, precedida por la enfermedad del alzhéimer. Pero lo destacable es que la muerte no es la protagonista, sino la derrota de la misma, y se nota: «Hoy, mi padre, recientemente desaparecido, ha estado todo el tiempo a mi lado. Lo mismo que yo, no ha hecho nada en todo el día. Sonreía, eso es todo». En *Resucitar* la luz y la esperanza se apoderan de cada palabra, de cada frase; una obra que rezuma celebración, encantamiento y gratitud. Ante la tumba de su padre, Bobin interpela al lector con sus reflexiones: «El corazón de los muertos es como una caja de música. Apenas comenzamos a pensar en ellos, sale una melodía ligera y desgarradora». «El amor a los muertos es lo más luminoso que puede haber [...] Los gorriones, lo mismo que los muertos, nos invitan a contemplar sin tocar con sus cantos». O la imagen de aquel industrial que le explica con auténtica pasión, como si le fuera la vida en ello, la fabricación de bolas de cemento; ante lo que Bobin, exasperado, apunta:

«La vida es de una brevedad inquietante y perdemos mucho tiempo enterrándola con el pretexto de no enfadar a alguna gente cuya estima, en el fondo, no nos importa».

De catalogación difícil, se podría decir de Bobin que es el escritor de la antiescritura; sus textos huyen de la propia literatura al pretender ser vida encarnada, real, salvífica. Y en lo que a la vida intelectual y literaria se refiere, reparte mandobles a diestro y siniestro: de la cultura opina que «si bien seduce a numerosos espíritus, nunca ha iluminado a ninguno». De los intelectuales dice que «a la mayoría les falta esa inteligencia que no se satisface con nada y no encuentra reposo en ninguna parte, que brota como la sangre de una herida o como el perfume de una rosa». Y, caminando como Bobin camina por la senda de la sencillez, dice de su biblioteca: «entierro a muchos escritores en cajas de cartón que bajo después al sótano: mi corazón se simplifica al mismo tiempo que mi biblioteca». En fin, todo un descubrimiento.

JUAN PABLO LÓPEZ TORRILLAS